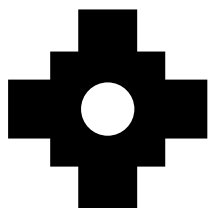


PRIMERA EDICIÓN



Aulicha



CRÓNICAS EN LOS
ANDES

FERNANDO PUJAICO RIVERA

LAVRAS/MG
2020

Copyright © 2020 Fernando Pujaico Rivera

ISNI :: 0000 0004 9156 373X

ORCID :: <https://orcid.org/0000-0002-4970-2818>

ISBN: XXX-XX-XX-XXXXX-X

Publicado: Edición Independiente

Primera impresión: 2020

Diagramación: Fernando Pujaico Rivera

Capa: Fernando Pujaico Rivera

Página web: <https://trucomanx.github.io/aulicha>

Pujaico Rivera, Fernando, 1982.

Aulicha: Crónicas en los Andes / Fernando Pujaico Rivera.

– Lavras, Edición Independiente, 2020.

44 p.: 14.8x21.0cm.

Incluye Bibliografía

ISBN: XXX-XX-XX-XXXXX-X

1. Cuento infantil. 2. Cuento peruano. 3. Literatura Latino-Americana. I. Título.

CDD: 028.5

CDU: 087.5

Dedico este libro a mi papá, a mi mamá y a mi hermano.

Agradecimientos

Doy muchas gracias a Dios.



Prefacio

En las próximas páginas, el lector conocerá un conjunto de historias acontecidas en la Cordillera de los Andes del Perú. Estas muestran algunas vivencias de mi padre, Aurelio (1956), cuando apenas era un niño.

Mediante sus palabras y su particular mirada, podremos entrar en la vida y pequeñas aventuras de los habitantes de la sierra; conociendo, así, sus problemas, sus alegrías y las enseñanzas que la vida les proporciona.



Índice general

Prefacio	VII
Índice general	IX
Introducción	11

I La dualidad del ser	17
1 Zorra	19
2 Zandor	31



Introducción

En mi querido pueblo de Occo, en la época de mi primera década, yo pasaba mis días dividiendo mi tiempo entre los trabajos de la chacra¹, mis juegos infantiles e innumerables paseos por el campo. Los trabajos de la chacra, aunque eran pesados para mí, podían ser realizados porque había una división de tareas con toda la familia. Aun así, los días en el campo no transcurrían limpios de sorpresas, dado que, de cuando en cuando, alguno de nuestros animales se perdía; en esos casos, yo salía por las laderas de los montes llamándolo por su nombre hasta que escuchaba una respuesta, generalmente en forma de un lamento lleno de tristeza y añoranza. Esa táctica era especialmente eficaz con mi burrito, pues él conseguía escuchar mi llamado aunque estuviera en

¹ También escrita como *chakra*, esta es una palabra quechua que hace referencia a un terreno de cultivo.

otras montañas. Así, cuando yo gritaba su nombre, él volvía a mí gritando y llorando, escogiendo su camino en función de la dirección de mi voz. En otras ocasiones, percibíamos que desaparecían animales pequeños, como pollos o cuyes; sin embargo, después de observar las evidencias y hacer un trabajo “detectivesco”, descubríamos que su ausencia era debido a la “visita” de algún halcón, zorro o gato de montaña. En esos casos, nosotros solo podíamos llorar por ellos; sin embargo, pocas eran las veces que perdíamos animales de esa forma; dado que, además de las personas de la casa, nosotros teníamos animales, como perros y gatos que nos ayudaban a vigilar.

Mi familia no era acomodada, y tal vez ese concepto escapaba a mi comprensión en aquella época, mas nada de lo que realmente importaba me faltaba. Recuerdo que mi casa era de adobe y made-



ra, con techo de tejas; y mi mamá cocinaba nuestros alimentos sobre una pequeña fogata. Mis hermanas y yo, con mucha frecuencia, usábamos atuendos que, a simple vista, cualquier persona consideraría que eran varias medidas menores o mayores de las que realmente necesitábamos; sin embargo, para mí y para mis hermanas, eso poco importaba. Mi casa era

un castillo amplio y fresco al cual yo iba a descansar después de volver de la escuela o del trabajo en la chacra. La comida de mi mamá era lo mejor del día, pues estaba llena de los sabores de los productos que nosotros mismos cultivábamos o cuidábamos. En días especiales, mi papá iba al río para pescar y comíamos pescado frito en el almuerzo. Otras veces, en época de sequía, comíamos charqui², con alguna mezcla de huevos de perdiz o de gallina, dependiendo de la suerte del día. El queso y la leche no faltaban en nuestras comidas, que tanto podían ser de cabra o de vaca. Los postres dependían de la estación del año, pues las frutas como tunas, duraznos, higos, sanky³ entre otras, tenían cada una su temporada. También habían épocas para sobremesas elaboradas con maíz fresco y otras con calabaza; con esta última, mi mamá hacía mi mazamorra favorita. Era increíble para mí que una crema de semejante majestad pudiese ser preparada con sólo un poco de dulce de molle⁴, canela, clavo de olor y calabaza⁵.

A mis hermanas y a mí nos gustaba jugar juntos, salir a pasear buscando frutas e ir a apreciar a los animales silvestres. En general, nosotros no te-

² *Carne deshidratada al sol.*

³ *Fruta del Ande peruano que tiene múltiples beneficios para la salud.*

⁴ *El molle o Lithraea molleoides, es un substituto del azúcar.*

⁵ *Calabaza o Cucurbita ficifolia.*

níamos discusiones importantes; sin embargo, debo reconocer que yo, de cuando en cuando, acostumbraba hacerles alguna travesura. En esos casos, ellas recurrían a las máximas autoridades de la casa, con los señores que gobernaban y decidían sobre el bien y el mal, es decir, mis padres. Recuerdo que, al principio, mi papá me hablaba con frases como:

— Aule, no debes esconder la muñeca de tu hermana.

Si el asunto era más grave él me decía:

— ¡Aurelio! ¿Por qué colocaste un grillo en la cabeza de tu hermana?

Si mi insistencia en la búsqueda de problemas llegaba a niveles mayores, mi papá gritaba con energía:

— ¡Aulicha! ¿Por qué colocaste ají en el caramelo de tu hermana?

Así, cuando yo escuchaba que mi papá me llamaba Aulicha, yo ya sabía que mi suerte había sido decidida y que una chicoteada estaba próxima. La idea de huir siempre pasaba por mi cabeza; pero, mis experiencias anteriores me indicaban que eso solamente iba a perjudicarme más e iba resignado delante de mi papá. Inclusive, en varias ocasiones, él me pedía que le alcance ese chicote de tres puntas, pequeño y veloz, que era al mismo tiempo un viejo conocido y mi principal antagonista. Sin embargo, después del castigo y pasado un tiempo, aproximadamente de media hora, él me buscaba para consolarme y abra-

zándome decía:

— ¿Por qué te portas así? No debes molestar a tu hermana... pórtate bien.

Mi vida en el campo siempre estaba llena de contrapuntos, tantos eran los momentos tristes como los alegres, y algunas veces, mas de las que me permitirían pensar que era solo una casualidad, los momentos tristes preparaban un camino inevitable e irreversible a épocas alegres y viceversa; como un ciclo que se retro-alimenta para mantenerse perpetuo. Así, una de mis mayores alegrías era saber que mi papá retornaba de viaje, generalmente de la costa del Perú, no solo debido a la tristeza y la añoranza que dejaba su partida y la alegría que traía su retorno, sino también porque él volvía lleno de regalos. Él nos traía dulces, galletas, juguetes, ropas, entre otros, los cuales, comúnmente, nosotros en los Andes no teníamos acceso. Por otro lado, entre mis momentos mas tristes, estaba la perdida de algún ser querido y la consecuente impotencia al no ser capaz de evitar su partida. No obstante, todo eso es parte de la vida y me gustaría compartir con ustedes algunos de esos momentos.



Parte I

LA DUALIDAD DEL SER



Capítulo 1

Zorra

Cuando era niño, mi familia tenía una perra que se llamaba Zorra, ella era gentil y muy amorosa con todos nosotros; a mi papá y a mí nos gustaba andar con ella para todos lados. En algunas ocasiones, durante nuestras caminatas, nosotros avistábamos algún conocido o familiar, y ellos se dirigían a mi padre diciendo:

— Buenos días, Don Juande!

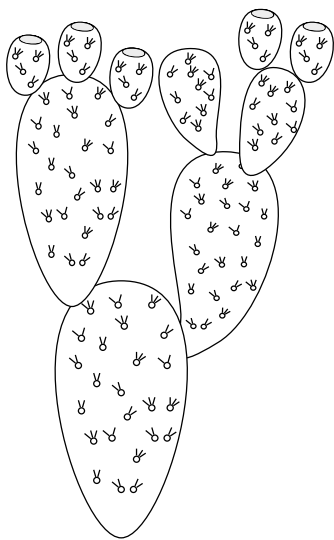
El respondía entusiasmado a esos saludos con la misma alegría y energía. Mi padre, en verdad, se



llamaba Juan de Dios; sin embargo, cariñosamente, todas las personas del pueblo preferían llamarlo Don Juande.

Yo probablemente tendría cinco o seis años en esa época y recuerdo de forma clara cómo mi perra iba corriendo de forma ágil delante de nosotros, ladrando contenta, abriendo el camino a través de los montes. Esas caminatas eran muy comunes, dado que teníamos que llevar comida a las vacas, buscarlas cuando alguna se perdía, o hacer algún tipo de mantenimiento a la chacra. Al principio, yo no percibí que mi perra tenía algunas malas costumbres, pues con ella nosotros convivíamos y andábamos durante el día, y su comportamiento era irreprochable.

Aun recuerdo la primera vez que fui al río acompañando a mi papá y a Zorra. Mi mamá, Doña Juana, le había encargado, con carácter de urgencia, la misión de obtener pescados para freírlos en el almuerzo; yo rápidamente me uní a tan noble encomienda, pues me gustaba salir a andar. Para llegar al río, nosotros tuvimos que



bajar por una ladera a través de un camino cercado por plantas de tuna. Cuando llegamos allá, vi que el

margen de las aguas estaba lleno de carrizos, siendo ese un lugar óptimo para explorar y jugar. Así, en cuanto mi papá pescaba, mi perra y yo buscábamos nidos con huevos de perdiz; sin embargo, Zorra siempre los encontraba primero, comía todo, o casi todo, y yo solamente conseguía salvar algunos para mí.

De esa forma, pasaron algunos años, durante los cuales nadie llegó a nuestra casa trayendo quejas o comentarios sobre Zorra; sin embargo, un día, entré a la huerta que estaba cerca a mi casa y quedé sorprendido al encontrar varios pequeños “tesoros” dentro de un escondite. Había una saco de tela con pan, otro con azúcar, uno con dulces y al lado algunas pequeñas herramientas sueltas. Para mí, todo eso era increíble, pues nosotros solo teníamos cosas como azúcar o galletas cuando mi papá regresaba de sus viajes después de trabajar cuatro meses en Ica o en alguna otra ciudad grande. En un primer momento, la alegría invadió mi corazón; sin embargo, recordé que mi papá era una persona muy rigurosa, no le gustaba tomar las cosas de los demás, y decía:

— Si tu encuentras alguna cosa en el camino, en el campo o en la pampa, no lo debes tomar — y él agregaba: — Seguramente alguien lo dejó caer, la persona que lo perdió va a regresar a buscarlo, y si tú te lo llevas, no lo va a encontrar.

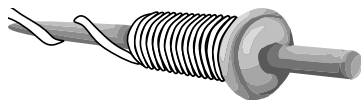
Yo recordaba muy bien esa enseñanza, porque una vez, cuando yo estaba en la soledad del campo pastan-

do mis vacas, encontré una herramienta para hacer hilos de lana, que en mi pueblo llamamos “callapa”¹; probablemente la herramienta era de algún otro pastor que pasó por allí, mas en aquel momento no pensé en eso, solo tomé la callapa y retorné a mi casa; ya en la tarde, llegué muy contento, diciendo:

— Mamá, papá, miren lo que encontré en el campo!

Mi papá inmediatamente respondió: — Aquí no hay nada para ser encontrado! Eso es de alguien, alguna persona lo há perdido y ella va a volver a buscarlo. Vuelve y deja eso donde lo encontraste.

En ese momento un frío pasó desde la punta de mi cabeza hasta las puntas de mis pies, pues ya eran casi



las seis de la tarde; todo estaba oscuro, las pocas luces eran muy lejanas y solamente venían de las casas de los vecinos — eso se debía a que en la sierra, en esa época, las familias vivían en casas a unos 200, 300, 400 metros de distancia o, a veces, incluso más —, y para finalizar, yo era muy miedoso en lo que se refiere a lugares oscuros y a donde tenía que ir estaba muy lejos.

¹ También llamado huso, este es un utensilio cilíndrico hecho generalmente de madera, utilizado para hilar y retorcer fibras como la lana.

Delante de la orden de mi padre, yo fui corriendo y llorando en aquella dirección. En el camino, no podía distinguir las cosas a unos metros de mí, porque la luna estaba menguante; entretanto, cuando estaba casi a la mitad de mi destino y mi caminar era cada vez mas vacilante, observé las sombras a mi alrededor, y en un sendero paralelo al mio, entre piedras y arboles grandes, vi la silueta de mi papá siguiéndome a escondidas y a una distancia significativa. Con esa certeza en mi corazón, yo seguí mi camino con un poco mas de tranquilidad, pues sentía que mi papá me estaba cuidando; aun así, yo seguía llorando de miedo, porque en la sierra, la noche es densa y absoluta, y los sonidos del camino alimentaban fácilmente la imaginación de un niño. En el último tercio del camino, yo decidí ir corriendo, ya que sentía que no podía aguantar más esa situación. Por fin, llegué a mi destino, tiré la callapa en el exacto lugar donde la había encontrado y rápidamente emprendí el camino de retorno. Al volver, también sentí la presencia de mi papá a algunos metros de mí, o por lo menos yo quería creer eso. Con esa seguridad, llegué a mi casa en menos tiempo del que gasté para ir, sin embargo, cuando entré, mi papá estaba sentado allí como si nada hubiese sucedido.

Por esa vieja experiencia, y teniendo la seguridad de la autoría de Zorra, ya que ese escondite era su lugar favorito, yo tuve mucho miedo por ella, pues

sabía que a mi papá no le gustaría que Zorra estuviera tomando cosas de otras personas; por lo que, si yo le avisaba, mi papá la castigaría severamente. Por ese motivo, decidí no decir nada sobre mi descubrimiento; entretanto, tengo que reconocer que además del amor a mi perra, también pesó en mi decisión que el lugar estuviera lleno de azúcar, pan y otras cosas, que para nosotros, gente de la sierra, eran considerados lujos. Por ese motivo, decidí pasar por allí antes de ir a la escuela o a la chacra: para comer galletas, agua con azúcar o cualquier otra cosa deliciosa que estuviera allí. Para mi desesperación, un día Zorra trajo demasiadas cosas, yo no podía imaginar de donde había tomado todo eso, ya que ella solo “trabajaba” durante la noche, mientras todos dormíamos. Así, delante de aquel aumento en los robos que largamente desbordaba su escondite, mi papá descubrió toda la situación. Muy a mi pesar, él la castigó severamente, desde mi casa yo solamente escuché sus lamentos recibiendo la punición, pues preferí no ver.

Después de esa experiencia, ella dejó de llevar las cosas a la huerta, y el problema parecía resuelto. No obstante, luego descubriríamos que lejos de casa, en una piedra grande y oscura, cerca de la casa de un vecino, Zorra había reiniciado sus actividades. Así, de día, delante de los ojos de la familia, se comportaba como una perra ejemplar. Sin embargo, durante la

noche, ella robaba de los vecinos las mas variadas cosas.

En ese momento fue la primera vez que una persona llegó a mi casa para hacer una reclamación. El agraviado denunció que vio como Zorra había entrado a su casa para robar. La indignación de mi papá



fue tan grande como su vergüenza, pues no fue un vecino o algún familiar nuestro, que podría entender la situación, sino que fue una víctima que vivía muy lejos de nosotros, en otro pueblo, que fue preguntando entre los vecinos hasta encontrar sus cosas y luego nuestra casa. En esa ocasión, mi papá castigó mas severamente a Zorra; delante de esa difícil situación, mi mayor tristeza era que yo ya comprendía que ese problema no iba a solucionarse con otro castigo, y mis dudas fueron confirmadas cuando percibí que Zorra seguía saliendo de noche.

Mucho tiempo después, descubriríamos que Zorra nuevamente había cambiado de escondite y que llevaba sus cosas a otra piedra grande, cerca de la casa de una vecina que era viuda y que cariñosamente llamábamos abuela Mislá — en verdad, ella no era familiar nuestro, mas la costumbre en la sierra era llamar abuela a cualquier persona de edad, como se-

ñal de respeto, ya que vivíamos con ellos como si fuesen de nuestra familia —. Así, antes de que alguna persona de mi casa conociese ese nuevo lugar en el cual Zorra ocultaba sus objetos robados, otra persona llegó a denunciar nuevamente a la perra, y aun cuando que mi papá la castigó, gritó e intentó seguirla, no conseguimos encontrar el nuevo escondite. Así, el tiempo pasó sin que esa incógnita fuese resuelta.

Un día mi papá decidió bajar al río para pescar, dado que yo era andariego me apresuré a acompañarlo junto con Zorra. Cuando llegamos allá, me divertí mucho jugando en el agua y ayudando a mi papá; así, pasó el día y cuando eran las cuatro o cinco de la tarde, nosotros estábamos listos para regresar a casa con la pesca del día. En ese momento, percibí la ausencia de Zorra y inicié a llamarla para que nos acompañe, sin embargo, en cuanto la estaba buscando, escuché un ruido entre los carrizos del río, donde yo acostumbraba jugar con Zorra, por pura curiosidad fui a averiguar que era ese sonido similar a un llanto agudo. Para mi sorpresa, allí estaba solitario un cachorro pequeño y negrito que mi perra había parido. Hasta ese momento, yo no había percibido que mi perra estaba embarazada, solamente pensé que estaba un poco gordita, pero rápidamente entendí la situación. Para que mi papá no lo viera, yo escondí al cachorro dentro de mi chompa, ya que dudaba que él me dejase llevar otro perro a la casa

sin arriesgar más la reputación de la familia con otro perro, porque los problemas que Zorra generaba ya eran suficientes para nosotros. Así, después de encontrar a Zorra en los alrededores, emprendimos el camino de regreso. Solo cuando llegué a casa saqué al cachorro de dentro de mis ropas y delante de mis hermanas, mi mamá y mi papá, presenté al nuevo miembro de la familia. Dado que en aquella época, mis hermanas estaban aprendiendo a leer usando un libro llamado “Lola y Pepe”, donde en sus historias describían a un perro llamado Zandor, yo decidí usar ese nombre para mi nuevo perro.

Así, aun con sus nuevos deberes de mamá, Zorra no dejaba de causar problemas, ya que a nuestros oídos llegaban historias de robos en pueblos distantes, y las ausencias de Zorra eran cada vez más prolongadas. Para nuestra mala suerte, en un pueblo vecino, se había expandido la noticia que era una perra la responsable de todos los robos, y, en un triste día, los moradores de esa localidad se organizaron, consiguieron acorralarla y atraparla, y finalmente, sobre el abrigo de la multitud y sin ningún remordimiento, dieron muerte a mi querida Zorra. Ese mismo día llegó a mi casa la noticia de su muerte... entre lágrimas y lamentos fuimos a ese pueblo para enterrar a nuestra querida perra, ya que nos informaron que ellos simplemente habían tirado su cuerpo en la ribera del río. Cuando llegamos allá, la encontramos

helada e inerte, e instintivamente la envolvimos en un paño, como si fuese un bebé, para que no pasase frío... a su lado lloramos hasta que nuestras lágrimas se secaron, pues ella había sido nuestra amiga fiel, y aunque supiéramos de sus malas costumbres, nosotros la amábamos. En ese mismo lugar, al finalizar el día y con el río como testigo, hicimos una pequeña ceremonia y enterramos a quien en vida fue conocida por nosotros como Zorra.

Al día siguiente, la noticia ya se había esparcido en mi pueblo, y aunque nosotros asumíamos que no recibiríamos condolencias por parte de los vecinos, para nuestro desengaño, la abuela Mislá llegó llorando a la puerta de nuestra casa y entre sus lamentos decía:

*“Yo no tenía olla, y
Zorra me llevó una olla;
yo no tenía sartén, y
Zorra me llevó una sartén;
yo no tenía cuchara, y
Zorra me llevó una cuchara;
yo no tenía cuchillo, y
Zorra me llevó un cuchillo;
cuando tuve hambre,
Zorra me llevó pan...”*

Mi mamá la abrazaba, en cuanto la abuela Mislá continuaba con su letanía, por aquel animal que, a

su modo de ver, solo había llegado a su vida para ayudarla en su momento de mayor necesidad.



Capítulo 2

Zandor

Después de la muerte de Zorra, toda la familia se quedó muy triste, pues a pesar de sus malas costumbres, ella siempre fue muy amorosa con todos nosotros; por eso, sentíamos su falta como si fuese un miembro de la familia. Así, pasamos mucho tiempo llorando, sobretodo mis hermanas y yo, que aún eramos niños. Muchas veces vi a Teodosia — mi hermana mayor, la cual cariñosamente llamábamos “Tulaco” —, iniciar a llorar en silencio al ver el lugar donde Zorra dormía; inclusive Diofelia — “Dio”, mi hermana menor —, a pesar de su corta edad, ya sabía distinguir la muerte y la ausencia que esta deja. Yo también lloraba, tal vez más que ellas, porque Zorra era mi compañera fiel, ella me seguía a todos los lugares donde yo iba; pues, al ser el hijo hombre de la casa, yo era el que tenía que salir a trabajar en

la chacra con mi papá, y Zorra siempre hacía mas alegres y memorables esos momentos. Nuestro único consuelo era que teníamos a Zandor; nosotros lo amábamos por ser el último regalo que Zorra nos dejó. Yo miraba a Zandor — todo pequeño y negrito — y me maravillaba de lo lindo que era. Su presencia me decía que, de alguna forma, una parte de Zorra aún estaba con nosotros. Así, Zandor creció siendo criado con mucho cuidado y cariño por todos nosotros; entretanto, la personalidad de Zandor era completamente distinta de la de su mamá; él era un perro muy honrado y para nosotros era evidente que no tenía ninguna de las malas costumbres de Zorra. Desde pequeño yo llevaba a Zandor a todas mis caminatas por el campo; como mi familia tenía vacas, yo tenía que ir a darles comida y atenderlas, y comúnmente recompensaba a Zandor por su compañía dándole leche fresca, que yo mismo ordeñaba para matar nuestra hambre. Con todos esos cuidados, en poco tiempo Zandor se volvió un cachorro fuerte y muy juguetón. Él me ayudaba a cuidar las vacas y asustaba a los pájaros que venían a comer las semillas en la chacra. Cuando yo gritaba su nom-



bre, él venía corriendo y se paraba frente a mí con la marcialidad de un soldado delante de su general; él era tan inteligente como una persona y mucho más obediente que yo mismo.

Un día, cuando estaba en el campo con Zandor, observamos que una perdiz salía volando de unos arbustos. Para Zandor, que aún era cachorro, fue la primera vez que él vio una perdiz; yo, por el contrario, ya tenía experiencia con esas aves y sabía que cerca a ese lugar encontraríamos un nido, huevos o crías. Automáticamente, grité:

— ¡Zandor! ¡Vamos a buscar huevos!

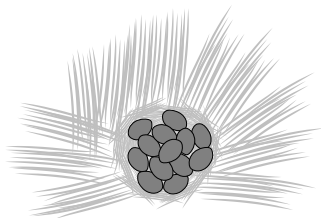
Él ladró al sentir mi entusiasmo y avanzó junto a mí en la dirección que yo le indiqué. Era lindo ver a Zandor, pequeño pero valiente, batiendo su cola, oliendo para todos lados, levantando y recogiendo sus orejas; como si, en aquella primera misión de búsqueda, quisiera demostrar su eficacia usando al máximo todos sus sentidos. Solo buscamos unos minutos y de repente los vimos

— ¡Mira Zandor! ¡Huevos! — grité.

Él ladró como afirmando mi exclamación, y me acerqué al nido para recoger todos los huevos. Zandor no tomó ninguno, él solo me miraba contento en cuanto yo los colocaba en una bolsita de tela para protegerlos y llevarlos a casa.

Ese procedimiento se volvió común, y cada vez que yo salía a buscar a nuestras vacas, también apro-

vechaba para buscar huevos de perdiz con Zandor; cuando los encontrábamos, yo los llevaba muy contento a mi mamá; de modo que, todos los días, nosotros volvíamos con 8, 12 o hasta 15 huevos. Con el pasar de los meses Zandor se volvió un especialista en encontrar huevos, pues él ya no era un cachorro, y yo no necesitaba acompañarlo. Así, en cuanto yo trabajaba, él salía por cuenta propia a buscar huevos; en el instante que él los encontraba, ladraba varias veces y sin descanso, hasta llamar mi atención, de modo que mi única misión era recogerlos y llevarlos a casa. Algunas veces, cocinábamos los huevos, otras veces los freíamos; y en una de esas ocasiones, mi papá llegó a casa cuando estábamos cocinándolos,



— ¿y esos huevos de perdiz?— preguntó el, y yo, contento y lleno de orgullo, respondí:

— ¡Zandor los encontró!

Él meditó un poco y replicó:

— Zandor los encontró... ¿y que cosa le dieron?

La pregunta me tomó por sorpresa y dije en voz baja:

— Nada papá, solo la comida de la casa...

Mi papá me miró y habló calmadamente:

— Si él fue quien los encontró, él también debe participar.

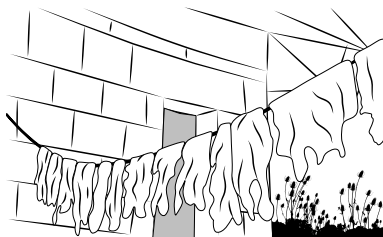
En ese momento mi papá tomó un huevo crudo y se lo dio al perro, Zandor tomó contento el huevo y lo lamió hasta dejar solamente la cáscara. A partir de entonces, Zandor se acostumbró a comerlos siempre que le ofrecían. Así, cada vez que él encontraba huevos, yo los llevaba a casa, los entregaba a mi mamá y ella a su vez entregaba dos a Zandor; sin embargo, nunca le dábamos los huevos cuando él los encontraba, solamente en la casa, él por su parte sabía esperar y nunca tomó ninguno, solo esperaba pacientemente el momento que mi mamá le entregue sus huevos e iba contento a su rincón para comerlos.

Para mí, Zandor era maravilloso, a cualquier lugar a donde yo iba, él me acompañaba, cuando estaba triste él se sentaba a mi lado y hasta lloraba conmigo haciendo un sonido agudo, que yo sentía lleno de solidaridad. Por otro lado, si él percibía que yo estaba contento, levantaba sus orejas e iniciaba a saltar y correr de un lado a otro. Así, durante mucho tiempo, andamos y crecimos juntos... el tiempo pasó y yo cumplí ocho años, y luego, nueve años de edad.

Un día mi papá decidió abatir un toro; allá en la sierra no se mata a un toro sin ningún motivo, solo en ocasiones importantes como fiestas regionales, casamientos o eventos semejantes. Sin embargo, yo sabía que en esa época no teníamos ninguna festividad y pensaba que a mi papá simplemente se le había ocurrido abatir un toro sin ningún motivo, mas

no era así. Yo tenía un hermano mayor que vivía en la capital, en Lima; yo no lo conocía, solo sabía de su existencia porque mis padres siempre hablaban sobre su vida allá y se referían a él como “Seve”; en esa época, yo pensaba que él se llamaba de esa forma, no obstante, ese no era su nombre y, si, Severino. Yo no lo conocía porque él viajó a Lima cuando yo era muy pequeño, seguramente lo vi en esa época, mas yo no tenía ningún recuerdo de eso. Así, mi papá y mi mamá tenían la intención de hacer charqui para mandárselo como encomienda; con esa finalidad, decidieron abatir al toro y prepararon cuidadosamente su carne con mucha sal.

Nuestro hogar estaba compuesto por una casa pequeña y una grande, ambas separadas por varios metros entre sí; nuestra familia vivía en la casa grande y usábamos la



pequeña para guardar herramientas, granos y, en general, alimentos no perecibles. Cerca de la casa pequeña, nosotros teníamos dos higueras; ese día mi papá usó una de ellas para amarrar una soga hasta la casa pequeña, y sobre ella colgó la carne para secarla con el sol; sin embargo, él decidió colgar una pierna de toro en el tronco de la otra higuera, pues esa pieza de carne pesaba mucho. Allá la costumbre es recoger

la carne y llevarla para la casa durante la noche, para que los animales de hábitos nocturnos no vengan para comerla, de modo que al día siguiente, por la mañana, con los primeros rayos de sol, la carne era nuevamente colgada; no obstante, ese día mi papá recogió solo el charqui que estaba colgado en la cuerda y se olvidó de la pierna que había colocado en la otra higuera. Lo peor fue que allí, donde mi papá dejó la carne, tranquilamente cualquier perro, zorro, u otro animal carnívoro de la sierra, podría tomarla fácilmente, sin la necesidad de saltar, dado que no estaba a mucha altura.

Esa noche Zandor no paró de ladrar; nosotros, desde la casa grande, solo escuchábamos el alboroto con curiosidad, dado que ningún miembro de la familia se acordó de la pierna colgada en la higuera. Por los ruidos, solo reconocíamos que algunas veces llegaban otros perros, otras veces no escuchábamos ningún otro animal, solo a Zandor ladrando con mucha rabia y fuerza; mi papá, enojado por el ruido, solo decía:

— ¡Que cosa quiere ese perro que no nos deja dormir!

Sin embargo, él no salía de la casa grande a indagar sobre la situación. Yo tenía mucho miedo por todo lo que estaba sucediendo; pues, en la sierra, se cuentan historias de los seres que moran en tinie-

blas. Algunos decían que de noche anda el “cuco”¹, y los niños temían un terror extremo a ese ser; para empeorar la situación, mi papa tenía la costumbre de contarnos historias sobre sus viajes, de como de noche encontró al “cuco” en los caminos de la sierra, o también que, en algún pueblo cercano, el “cuco” había matado a algún vecino, que había chupado la sangre de otro o simplemente asustado a algún caminante nocturno. Debo reconocer que a pesar del terror que me causaban las historias de mi papá, me gustaba conocerlas y pasar miedo escuchándolas; él siempre me contaba sus aventuras de cuando salía para trabajar en otras ciudades y las cosas que veía, los problemas que acontecían en el camino y de los personajes que aparecían cuando él se desplazaba a pié.

Por ejemplo, un día mi papá me contó que cuando estaba viajando, caminando desde nuestro pueblo hasta “Cangallo”, un poblado distante, a la mitad del camino, la noche



llegó, y empezó a buscar entre las vías una casa que pudiera darle posada. En cuanto él estaba en esa ta-

¹ También llamado coca o coco, este es un ser mítico, una especie de fantasma, bruja o espantajo que anda de noche por los caminos.

rea, escuchó un pájaro al cual nosotros en la sierra llamamos “huaychao”², cuyo canto es de mal augurio. Mi papá decía que cuando el “Huaychao” canta, es porque el mal está cerca, que él canta porque vio al mal andando, quizás en la forma de algún “jarjacha”³. Para nosotros, los “jarjachas” son seres de la noche, son personas que se levantan de sus tumbas, pues al haber hecho cosas terribles en vida, están condenadas a no morir y vagar de noche entre el sufrimiento y la ira. Entonces, mi papá siempre me advertía muy serio que, si en la noche escuchaba al huaychao, debía tener mucho cuidado porque seguramente un “jarjacha” estaba cerca. Siguiendo los hechos, cuando mi papá escuchó al huaychao, inició a correr saltando piedras y atravesando riachuelos hasta que, solo y asustado, encontró una casa; rápidamente tocó a la puerta y desde dentro, escuchó una voz de mujer que le preguntaba:

— ¡Buenas noches! ¿quien está ahí?

Mi papá, todo asustado, intentó explicarle que era solamente un viajero, que la noche había llegado a la mitad de su camino y que solamente necesitaba de

² También escrito como waychaw, esta es una palabra quechua que significa: avisar, anunciar, advertir o notificar. “Huaychao” es una onomatopeya del sonido que hace la ave cuyo nombre científico es *Agriornis montanus*.

³ También llamado carcaq o qarqacha.

un lugar para dormir. La señora, desde el interior de su casa, le respondió que, de la misma forma que él habló, seres que no son personas, “cucos”, andan por la noche engañando a los moradores para conseguir entrar a sus casas,

— ¡De repente tú eres uno de ellos! — Indicó la señora y negó a mi papá un lugar para dormir.

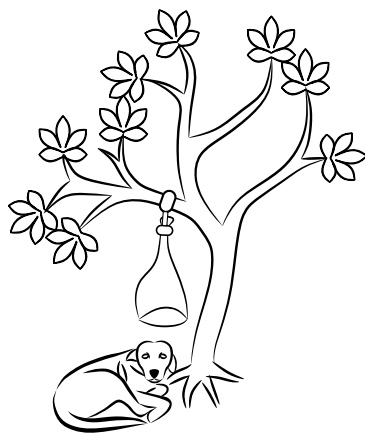
Él insistió con la voz temblorosa por el miedo, porque sabía que todo eso era verdad, pues él ya había escuchado al huaychao y sabía que el mal estaba cerca. Por fin, después de argumentar mucho, la señora se conmovió y dejó a mi papá entrar a la casa. La señora, toda curiosa por la situación, preguntó a mi papá el porqué andaba de noche, y él explicó que solo estaba intentando ir de Occo hasta Cangallo; sin embargo, tuvo problemas en el camino y la noche le ganó. Inmediatamente la señora respondió en tono maternal:

— ¿Por qué andas de noche? Solo ayer un “jarja-cha” se comió a una persona, ahora ese vecino está muerto, hoy mismo lo enterramos.

Por todas esas historias, salir de la casa grande de noche, solo porque el perro ladraba, era una completa temeridad; hasta mi papá tenía miedo de salir, él solo gritaba para Zandor desde el interior de la casa,

sujetando su “guaraca”⁴, golpeando con ella la pared. Los demás miembros de la familia, incluyéndome, solo escuchábamos resignados, intentando dormir a pesar del escándalo.

Así, la noche pasó, y prácticamente ninguno de nosotros consiguió dormir. Cuando los primeros rayos de sol tocaron nuestra ventana, todos salimos en dirección de la casa pequeña y, para nuestra sorpresa, vimos la pierna de toro colgada en la higuera. Para nosotros fue evidente que, durante la noche, los animales del campo habían llegado a comer la carne y Zandor la había defendido, peleándose, ladrando y sin dormir. Él estaba acurrucado, encogido en forma de bolita abajo de la pierna de toro y, al vernos llegar, solo nos dirigió una mirada cansada en cuanto batía su colita. Mi papá se admiró por el desempeño de Zandor, pues la carne estaba intacta.



— ¡Cómo me olvidé de la pierna! ¡Por eso llegaban los perros! — exclamó

⁴ *Cuerda muy versátil que puede ser usada como cinturón o para disciplinar niños desobedientes.*

mi papá.

Automáticamente entró a la casa, tomó un cuchillo, cortó un pedazo grande de carne de la pierna de toro, aún colgada en la higuera, y la entregó a Zandor como un premio; solamente en ese momento, él miró la carne con deseo, tomó su premio y fue para su rincón a comer.

Así, Zandor creció siendo siempre un perro muy honrado. Si tu no le dabas alguna cosa, él no lo tomaba; por eso, toda la familia lo respetaba. Además de eso, en el campo, los perros siempre son bien cuidados; ellos comen la misma comida que los dueños de casa y son tratados con cariño, siendo ellos considerados como miembros de la familia.

Continuará.

Este libro fue producido por Fernando Pujaico Rivera, editado y diagramado usando \LaTeX , con un tipo de fuente codificación: T1, familia: LinuxLibertineTTOsF, serie: m, y tamaño: 14.4 pt, para ser impreso en un papel tamaño 14.8x21.0cm. Edición creada en octubre de 2020.